

## **ENTREVISTA CON JOSÉ ZAVALA RANGEL, TRABAJADOR DEL AÑO**

Erika Ivette Gutiérrez Mosqueda\*

Marco Antonio Silva Martínez\*\*

Por su trayectoria de 35 años de labor continua en el Archivo General de la Nación, José Zavala Rangel fue distinguido este 2013 con el reconocimiento “El trabajador del año” y recibió un caluroso aplauso de parte de sus compañeros presentes en la ceremonia. Su primer trabajo en el AGN lo desempeñó en intendencia; seis meses después pasó al área de inventarios en el almacén y al poco tiempo formó parte de la Dirección del Archivo Histórico Central.

### **Escuela y futbol**

José nació el 1 de julio de 1954 en la casa familiar ubicada en la calle Leona Vicario en el Centro Histórico de la ciudad de México. Fue el cuarto de los 15 hijos que procrearon José Zavala Cabrera y Petra Rangel Cardozo. Desde los seis años hacía mandados y tiraba la basura de sus vecinas para ganarse algunas pipinas.

Estudió la primaria en varios planteles porque, como él dice, fue tremendo. El primer grado lo cursó en la escuela “Abraham Castellanos” en las calles de Apartado y Granaditas, “me gustaba correr y andar para arriba y para bajo, y allí en la escuela eran muy serios, muy estrictos”. Para el segundo grado ya no lo recibieron, por lo tanto debió ir a la escuela “José Heliodoro Bravo” en las calles Del Carmen y Colombia. “Allí estuve hasta antes del quinto año en que me salí porque yo quería jugar futbol”.

Formó parte de las fuerzas inferiores de los Pumas, a cargo entonces de Héctor Sanabria, “el señor conmigo fue algo especial y también dije no, y mejor renuncié al futbol. Yo tendría como once o doce años, porque ya me

---

\* Jefa del Departamento de Control de Acervos Históricos y Registro Central.

\*\* Jefe del Departamento de Publicaciones.



iba solo hasta Ciudad Universitaria, de la una o dos de la tarde y regresaba como a las siete de la noche más o menos. Sólo comía lo que me llevaba para el trayecto, pero sí me gustaba, precisamente por eso lo hacía; después ya no me gustó porque había mucha envidia; en el fútbol tienes que tener padrino, de hecho es muy difícil que tú puedas hacer algo si no hay alguien que te respalde”.

## **Los varios oficios y el baile**

José cursó el sexto año en la escuela “Rodolfo Menéndez” y concluyó su educación primaria. Luego decidió que ya no quería estudiar y prefirió el trabajo. “Estuve de ayudante en unos baños que eran públicos, boleando, iba a comprar lo que querían los clientes, y pues ya me daban mis centavos. En ese tiempo llegué a ganar doce pesos diarios. Le daba una parte a mi mamá, pero también me quedaba con dinero para mis gastos, ya sabes, cosillas que te gustan, ¿no? Me llamaba la atención el cotorreo, a veces me peleaba, porque no me gustaba que se pasaran de listos con quienes no se defendían. Tenía muchos amigos, hasta la fecha tengo muchos amigos”.

Fue ayudante en un local de reparaciones de máquinas de escribir, calculadoras, sumadoras. “También anduve mucho en la colonia Morelos, en Tepito, toda esa parte, porque yo le ayudaba a una persona a hacer zapato. Primero me puso mi papá para que aprendiera. A mí no me gustaba, pero pues tenía que ir porque él me obligaba, me decía: tienes que aprender algo. Él era zapatero de oficio. Entonces me puso en donde hacían zapato de hombre, él hacía zapato de mujer. Sí aprendí, pero no me llamó mucho la atención. Entonces primero estuve con mi papá ayudándole, iba a lijar suelas, a recortar, a coser el zapato, lo llevaba a pegar, depende qué es lo que se tenía que hacer, porque hacía zapato o tenis. Se hacía en las mismas casas donde uno vivía, ahí no había espacio para tener un taller, en ese tiempo era muy difícil tenerlo. Cuando mi papá tuvo un taller fue como por 1966 más o menos, en la calle de Mecánicos y Ferrocarril de Cintura”.

“Trabajé en el Sanatorio Español, aproximadamente de 1968 a 1973, allí hice de todo, hasta de albañil, nunca había agarrado una pala; le entré al mantenimiento, ahí aprendí a hacer instalaciones de luz, a poner las tarjas, las cuerdas de los tubos para instalar escusados, y diferentes cosas que no

había hecho. De ahí me fui a trabajar en construcciones de aluminio, donde se hacen los camiones a los que les dicen los guajolotos. Ahí sacaba los golpes de los camiones; luego me fui a Vehículos Automotores Mexicanos (VAM), el trabajo era descargar tráileres de todas las piezas automotrices que se traían a México para los carros, pero también, como me gustaba estar para un lado y para otro, de repente estaba en el sindicato, era un sindicato blanco, entonces pues yo andaba muy metido en eso, pero me gustaba más el despapaye, entonces me preguntaban que por qué no me metía como delegado o como secretario. Les decía, me gusta pero no para estar ahí siempre, no”.

La secundaria la estudié en la Escuela Nocturna para Trabajadores Número Cinco, ahí en República de Cuba, la callecita donde están los portales de Santo Domingo, era una primaria en la mañana y en la tarde era la secundaria. Para entonces ya quería aprender algo. En segundo año reprobé siete materias porque no entraba. Mi papá me decía, bueno pues ¿entonces a qué vas?, estás perdiendo el tiempo. Le prometí que en extraordinario pasaría, y sí, pasé seis materias, nada más me quedó la materia de inglés, pero después volví a presentar el examen extraordinario y ya la pasé, así concluí todas mis materias de la secundaria”.

## **EL AGN**

Al AGN ingresó en 1978. “Yo era de esas personas que no me gustaba mucho meterme a leer, pero estando aquí, me llamó mucho la atención esto. En ese año yo estaba trabajando en NB Impresores, ahí aprendí a manejar una impresora Heidelberg, donde se tiraban los colores, primero el azul, después el rojo y luego el negro. Aprendí el offset, me iba con las personas que hacían las láminas, ¿oye cómo le haces? Había un muchacho al que le decíamos el *Gato*, que me enseñó a limpiar las láminas. Una vez fue a la imprenta gente del Archivo para hacer una copia del acta de independencia. Eran Eutiquio Franco y el responsable de la biblioteca, no recuerdo su nombre. Querían hacer un facsimilar pero no les salía bien. Les dije cómo se debía hacer y les pregunté si tenían corrector y una copia en grande. Luego limpié el documento; se hizo otra copia y quedó más limpia, a ésta la limpié y luego se hizo otra, hasta que empezamos a hacer los facsimilares”.

“Raúl Aranda y Cecilio Xolalpa venían de El Colegio de México. Cecilio llegó como director de la Biblioteca y Raúl trabajaba con él. Un día Raúl me dijo que había trabajo en el Archivo. Yo estaba trabajando en ese tiempo en VAM. Todavía no estaba casado. Dije, a ver qué pasa. Al llegar me encontré a Soledad Villafuerte, ella fue la primera persona que vi y platicando le comenté: mira, vengo a ver si hay trabajo. Me dice ¿quién te manda? Nadie. Me dijo que por el momento no había nada, pero que podía llenar mi solicitud y esperar al director de Administración. El AGN estaba en Tacuba 8, la directora era Alejandra Moreno Toscano. Cuando llegó, el licenciado Hugo Razo Tinoco me preguntó ¿qué sabes hacer? Le dije, si quiere hago trabajo de archivo. Me dijo que lo único que tenía por el momento era en intendencia. Como me aseguró que después podría tener la oportunidad de cambiar a otra área, acepté. Me presentó con el señor Meza que era el encargado de intendencia: “el señor Zavala va entrar a partir del lunes a trabajar”. Y así, sin hacer solicitud ni nada, se me hizo hasta raro que no me pidieran papeles ni nada. Me dije: y ¿ahora?, ¿cómo le voy a hacer?, ¿renunciar en el otro trabajo?, ¿y si no hay nada? ¡Pues ni modo!, voy a hacerlo. Y sí, fui y di las gracias allá en el otro trabajo. Llegué el lunes a presentarme en el Archivo y empecé a trabajar, ese primero de julio de 1978”.

De las siete de la mañana a las cinco de la tarde, José cumplía con su trabajo, sin embargo, veía gente que entraba a las ocho y salía a las tres; “en cambio yo llegaba más temprano y salía más tarde. Me dije bueno, pues ni modo, el chiste es trabajar. Resulta que me hicieron pagar tiempo para compensar una quincena y pagarme un mes completo, pero nunca me lo pagaron. Así me aventé seis meses, pero hubo oportunidad de trabajar en el almacén. De hecho ya hacía los inventarios e iba a hacer las compras y pues más o menos sabía cómo hacerlo”.

No pudo ocupar la plaza en el almacén porque la Secretaría de Gobernación requería para tal puesto estudios mínimos de preparatoria. El señor Razo le pidió paciencia. Cuando la ocasión se presentó el administrador le dijo a José: “¡qué bueno que te veo!, mira, Arturo Librado y tú se van a ir a trabajar al acervo y tu jefe va a ser Alberto Mejía”. El horario era de 8:00 a 19:00 horas y José debía estudiar, “¿te acuerdas que te lo dije?, yo no sé cómo leagas pero vas a tener que entrarle”. José llegó al acervo; “allí

éramos bastantes, había varios turnos, unos entraban a las siete y salían a las dos, otros entraban a las ocho y salían a las tres y otros entraban a las tres de la tarde y salían a las siete de la noche; quienes entrábamos de ocho de la mañana a las siete de la noche éramos como seis personas más o menos. El servicio de consulta se terminaba a las seis y media, teníamos media hora para recoger el material y colocarlo en sus lugares, la Segob nos pagaba el turno y medio”.

En la sede de Tacuba 8 la consulta se hacía en la sala general, “allí todos nos turnábamos, una semana nos tocaba trabajar como traidor. El traidor era el que traía todos los libros para la sala; al traidor de arriba le tocaba: Bienes Nacionales, que eran legajos en ese tiempo, todavía no había expedientes”. Un traidor se encargaba del fondo Presidentes y otro de Inquisición que estaba ubicado en la Dirección. El traidor o repartidor iba con su diablito por el material que se necesitaba para llevarlo junto con las boletas a la sala.

“En ese tiempo estaban: Juventino González, Malagón, Filiberto Ibarra, Guillermo Camisao, Raymundo Ramírez, Arturo Librado y yo. Roberto Beristáin ya estaba en Restauración. De hecho a él ya lo buscaban, porque pues platicaba mucho con los muchachos historiadores como Salvador Victoria, gente que hacía investigación del mismo Archivo. Victoria era un chavo muy dedicado, igual que en ese tiempo el director del Archivo, Ignacio Rubio Mañé. De él me decía Salvador “no, como el doctor Rubio no hay otro, es muy dedicado y una persona que sabe bastante sobre los documentos, a él tú le puedes preguntar y él te dice, y además es una persona muy decente”.

“Al principio yo no le tomaba mucha atención a lo que estábamos haciendo y a lo que teníamos allí; hasta después empecé a ver. Bueno, dije, ¿y esto que estoy haciendo qué es?, ¿y para qué es? Veo que me piden un libro, lo voy a llevar pero nunca tengo la ocurrencia o la curiosidad de ver ¿qué es lo que tiene?, ¿por qué lo tiene? Entonces algunas veces sí me puse a ver, ¿no? Había cosas que sí entendía en letra manuscrita, pero había cosas que no. ¿Qué dice aquí?, pues quién sabe, hasta que empecé a preguntar: oye ¿esto por qué es? Había un chavo, Enrique González, que era historiador. Él me decía, “para leer esto tienes que aprender paleografía”. ¿Paleografía, y qué es eso? Y se me ocurre hablarle a la maestra Delia Pezat, ¿usted me

puede enseñar paleografía?, y me dice “sí, cómo no, Zavala, pero hay un problema, para empezar tiene que aprender historia e historia de México. Le digo ¡híjole!, ya vamos a empezar mal, maestra, porque la verdad no me gusta leer. Pues lo siento José, porque le voy a dar los nombres de unos libros para que los compre o los saque de la biblioteca y se ponga a leerlos. Pasó el tiempo, me veía y me decía, ¿qué pasó, ya estudió? No, maestra, es que no he tenido tiempo. Lo que pasa es que no quiere aprender. Sí quiero, pero vámonos directos. Para enseñarle paleografía tiene que aprender sobre las Instituciones, ¿cómo se manejan?, no es nada más decir yo voy a estudiar paleografía y ya voy aprender. No lo hice y después me arrepenti”.



Posteriormente, José tomó un curso con la maestra María Elena Bribiesca, con la idea de que ella no lo pondría a estudiar, pero lo interrumpían durante las sesiones, porque era el encargado en Galería 7 de la Mapoteca y lo buscaban para solicitarle planos, “la maestra me dijo que como no había cumplido las horas necesarias no me podía dar ningún documento. Después la maestra Clotilde Martínez Ibáñez hizo otro curso. Lo tomé, pero con ella también tenía que salirme cuando me hablaban, entonces tampoco tuve papel, pero una de las cosas que más me ayudó a mí a aprender la paleografía y la diplomática fue que me iba con las chavas que eran paleógrafas y luego me pedían, oye échame la mano vamos a cotejar. Entonces eso me ayudó a aprender y también me ayudó mucho entrarle al *Indiferente General* en la Galería 6. Empecé a aprender cómo catalogar, porque los muchachos allá en la Galería 6 hacían mesas de trabajo, entonces decían “mira esto hay que hacerlo así; no, mira la institución se maneja de esta forma”. Después estuve platicando con Roberto Beristáin y me dijo “es que tienes que leer este libro, léelo y grábate eso” y dije bueno, mano, pues ni hablar. En realidad eso era lo que tenía que hacer, entrarle porque si no, nunca le iba a entender. Cuando estuve de encargado de la Mapoteca me interesaron mucho los documentos gráficos, y viendo que en *Indiferente General* había muchos de ellos decía ¿y éstos por qué están aquí?, deberían estar en la Mapoteca, donde toda la gente vea qué documentos son”.

La Mapoteca se creó desde Tacuba 8. La propuesta fue de Arturo Soberón, quien empezó a trabajar en eso. Luego la directora, Alejandra Moreno, se la pasó a Cristina Sánchez de Bonfil y ella empezó a hacerla. La Mapoteca se estaba creando desde 1979 más o menos, eso fue allá en Tacuba. Cuando se hizo el cambio, metieron la Mapoteca a la Galería 7. Primero estuve como encargado en la Galería 3 y estaba trabajando conmigo Joel Zúñiga. En la 1 estaba Aniceto Díaz, en la 2 Arturo Librado, en la 4 Alberto Mejía, Serafín Villagómez, Filiberto Ibarra; en la 5 estaba Juventino González y parece que Malagón, en la 6 no había casi nadie pero sí había una persona que supuestamente tenía que atender, en la 7 era Ignacio Trejo.

## Traslado

De 1979 a 1981 José participó en las labores del traslado del AGN a su sede actual. En el Palacio de Comunicaciones de Tacuba 8 todo el material estaba en diferentes áreas del edificio. Arriba, en el acervo central: “Colonia, *Bienes Nacionales, Civil*, que eran bastantes volúmenes, *Indiferente, Tierras*; al fondo estaba lo de *Presidentes, Renta del Tabaco*; en el primer piso estaban *Archivos Particulares, Hacienda Pública, Departamento del Trabajo* y al fondo estaba todo lo de *Gobernación*. Eran salones grandes, en la parte de arriba en la Dirección estaba *Inquisición* y todo el *Fondo Reservado* en un salón verde”.

“Para el traslado Enrique Arriola Woog hizo un proyecto. Lo que me gustó fue que él, que está enfermo de la columna, traía un aparato como cinturón, se lo quitó y así se puso a chambear. Le digo, estás enfermo. Él dijo, no, pues hay que entrarle, maestro. Pero así no, te vas amolar, le dije, danos chance, vamos a darle nosotros. Hubo problemas: la torre que tenían no servía para bajar el material, las rampas que hicieron de madera para subir con los diablos no servían, porque la misma torre se meneaba, se podía caer uno de un segundo piso. A la parte de arriba, donde había un barandal de cemento, teníamos que subir con una rampa, pero quedaba de separación un tramo muy grande y para pasar te podías caer con todo y diablito. Les dije, nos vamos a matar aquí”.

“Todavía no se encontraba cuál era la forma de bajar el material, estábamos en las escaleras con los diablos parados allí, las rampas eran peligrosas, por el elevador, aunque el señor que estaba ahí nos echó la mano, era muy poco lo que se podía bajar. Entonces tomé una caja y la deslicé por la escalera y empezamos a resbalar las cajas. ¿No se rompen?, preguntaron. Pues nada más hay que irlas dirigiendo. Así nos aventamos todo el Archivo y de volada. Se rompieron menos de diez cajas, quizá seis cajas, no más. Se hizo muy rápido y había veces que terminábamos a las dos o tres de la mañana”.

“El servicio de consulta continuó, sabíamos cuáles eran las solicitudes más frecuentes, lo de Colonia se empaquetó al final, el acervo central fue el último que se sacó de allí, también lo de Presidentes”. Aunque el material ya tenía un destino de ubicación en el acervo, en la época de Leonor Ortiz Monasterio cambiaron algunos fondos de lugar”.

“En la Casa Amarilla había una parte de lo que era *Hacienda Pública*, que son los libros de *Aduanas Marítimas* que ocupaban un salón grande. De la Casa Amarilla y de la Presidencia se trasladaron documentos de *Indiferente General*, que se dejó en la Galería 6. Yo empecé a ver cómo estaban clasificando los muchachos, allí estaba Miguel Ángel Vázquez, la maestra Delia Pezat, Arturo Soberón, Andrés Reséndiz, Santos de la Rosa, Lourdes Chimal, no recuerdo todos los nombres. En el Palacio Nacional no quedó ningún material del AGN. Los fondos de Madero y de Juárez pertenecían al archivo de ese recinto”.

“Cuando nosotros hacíamos los cambios de documentos de allá para acá veníamos a Tribunales y de hecho hasta echábamos competencias a ver quién cargaba las cajas más pesadas, las hacíamos más o menos de unos ochenta kilos, había que subirlas hasta el segundo piso y hasta los salones de aquel lado y decíamos a ver quién las sube hasta allá, el que pierda paga los refrescos”.

“A mí me tocó en el traslado hacer de todo, porque aquí no era de vas a tener un horario para venir a trabajar, no aquí fue de que uno quería, yo voy a trabajar no le hace la hora que sea, si es a las siete de la noche y termino hasta las seis de la mañana no le hace, la cosa era echarle ganas para que esto saliera”.

“Ya instalados en Lecumberri me tocó estar en la Galería 3. Como las autoridades querían que todos supiéramos qué es lo que había en cada una de las áreas nos intercambiaban entre las galerías, aquí la cosa era organizarnos entre todos, porque a veces que no había personal en otra área y entonces nos parábamos a la mitad de la cúpula y desde allí cuidábamos dos o tres galerías para dar servicio en cualquiera de ellas; entonces sí teníamos que aprender de todas la galerías porque si no, cuando faltara alguien, ¿quién iba a dar el servicio?”

## **Mapoteca**

“La Mapoteca se instaló en la Galería 7. Yo no sabía qué documentación había allí, sólo que había archivos particulares, pero ¿qué archivos?, ¿quién sabe? En Archivos Particulares y Mapoteca se prestaba el servicio no sólo de un solo documento, allí llegamos a prestar hasta trescientos, cuatrocientos

planos en un día. En la administración del maestro Jorge Ruiz Dueñas se hizo la separación de la Mapoteca; “de hecho yo ya no estaba ahí, estuve en Referencias, después en Investigación y luego en Exposiciones, en Genealogía, en el Centro de Información Gráfica. Estaban Manuel Díaz, Soledad Villafuerte, Armando Sariñana, Poncho, etcétera”.

“En el Área de Investigación estuve con Sergio Sánchez, Roberto Beristáin, Pedro Patrón, Andrés Morfi, Geli, éramos el equipo en ese tiempo, estuvimos trabajando cuando era director del Archivo Histórico Central Héctor Madrid Molina.

Realizábamos las investigaciones para todo, exposiciones, publicaciones, cápsulas para un programa de *Radio Educación*, se las hacía Sergio Sánchez a la maestra Patricia Galeana”.

“Luego me enviaron de nuevo a galerías. Cuando entró Jorge Nacif, me fui a Referencias. Roberto apenas iba a ser el encargado de Referencias, le digo a Roberto, ¿qué onda?, me dice pues ¡vente conmigo! Y estuvimos un rato allí. Luego él se fue. Yo me quedé hasta la fecha, ya fue cuando llegaste tú, Erika. Por eso te dije, a mí siempre me ha gustado trabajar, lo que no me gusta son los chismes”.

## **Rescate de archivos municipales de Puebla**

En octubre de 1983 la Dirección General del AGN invitó al personal a participar en el rescate de archivos, el proyecto involucró también a personal de la UNAM, el INAH, el Conalep y archivos estatales. En total eran cerca de 250 personas las que se integraron para realiza dicha actividad.

En Puebla se rescataron documentos que datan del siglo XVI hasta 1983, la información corresponde a 217 municipios. A José Zavala le asignaron ir a Acatlán de Osorio; de allí se desplazaba a diversas comunidades, para concentrar los documentos que se localizaban, por lo general arrumbados, en mal estado, incluso en lugares inadecuados como baños, bodegas abandonadas, etc. Entre sus tareas debió identificar, ordenar, clasificar y guardar tanto los documentos sueltos, como las cajas que se rescataban. Para realizar dicho trabajo se les asignaba a los participantes algunos viáticos para cubrir el transporte y el hospedaje; para trasladarse a algunos poblados el trayecto duraba hasta tres horas y en ocasiones no había dónde ir a comer.

En una ocasión en Totoltepec de Guerrero, los rescatistas de archivos contrataron a una persona del lugar para que les prepara los alimentos. Se organizaban en equipos de entre 20 y 25 personas por poblado, dependiendo de la cantidad de documentos a tratar. Una vez que se habían identificado y concentrado los documentos en cajas, éstos eran entregados al presidente municipal.

La jornada de trabajo empezaba entre seis y siete de la mañana y concluía entre siete y ocho de la noche. Hubo ocasiones en que pernoctaron en el lugar, debido a que ya no había transporte para regresar.

## **La fidelidad al Archivo**

“A mí me gustó el Archivo, desde que empecé a conocer qué es lo que tenía. Me gustaba lo que hacía y más me gustaba cuando ponía exposiciones y me gustó cuando tenía los documentos gráficos, me llamó mucho la atención. Por ejemplo hubo una exposición sobre las *Constituciones*. La fuimos a poner en la Cámara de Diputados; también hice una en tres días, que fue la de los *Símbolos Patrios*, la hice allí en la cúpula, de allí se tomó para hacer los Símbolos Patrios, que hizo la Secretaría de Gobernación. En las vitrinas rectangulares de madera coloqué los documentos y las puse en la cúpula. Primero hice la búsqueda de los documentos que tenían que ver con la Bandera, el Escudo y el Himno Nacional. Busqué todo en el *Diario Oficial*, en Biblioteca, en varias galerías”.

“Antes decía que no me gustaba la historia, pero poco a poquito me fue llamando la atención. Gracias a Roberto empecé a investigar más, él fue quien me empezó a decir tienes que aprender esto. Donde estoy, aquí en Referencias, me gusta porque hay mucha gente que viene y no sabe cómo buscar ni en dónde, como los señores que tienen sus problemas agrarios. Muchas veces digo, bueno pues cómo es la gente que no pueda echarles la mano para que encuentren sus cosas, para que no pierdan lo poco que tienen; entonces pues digo, si yo puedo echarles la mano y estoy aquí, ¿por qué no hacerlo? De lo más grato que me ha pasado está este reconocimiento, es la primera vez que me aplauden a mí, no estaba acostumbrado a esto, pero sí, la verdad me sentí bien, porque otras veces no me han aplaudido”.

La principal preocupación de José es atender a Lupita, su hija más pequeña, pues Ofelia, Sandra y Diana, al igual que Adrián, “ya son mayores”. A Lupita le quiere dedicar lo que le reste de vida, “todavía me siento fuerte para hacer y trabajar más. Hace cinco años, cuando vino el primer retiro voluntario, mi idea era salirme de aquí y poner una purificadora de agua y una ostionería. No soy experto en la cocina pero sí me gusta y sé hacer más o menos algunas cosas. Al final no lo hice por falta de dinero y porque no me fui en retiro voluntario. Si me lo hubieran dado a lo mejor hubiera seguido viniendo al Archivo, pero hubiera estado también haciendo otras cosas”. ¶